

Notas sobre el funcionamiento del poder al interior del psicoanálisis

La pulsión de poder

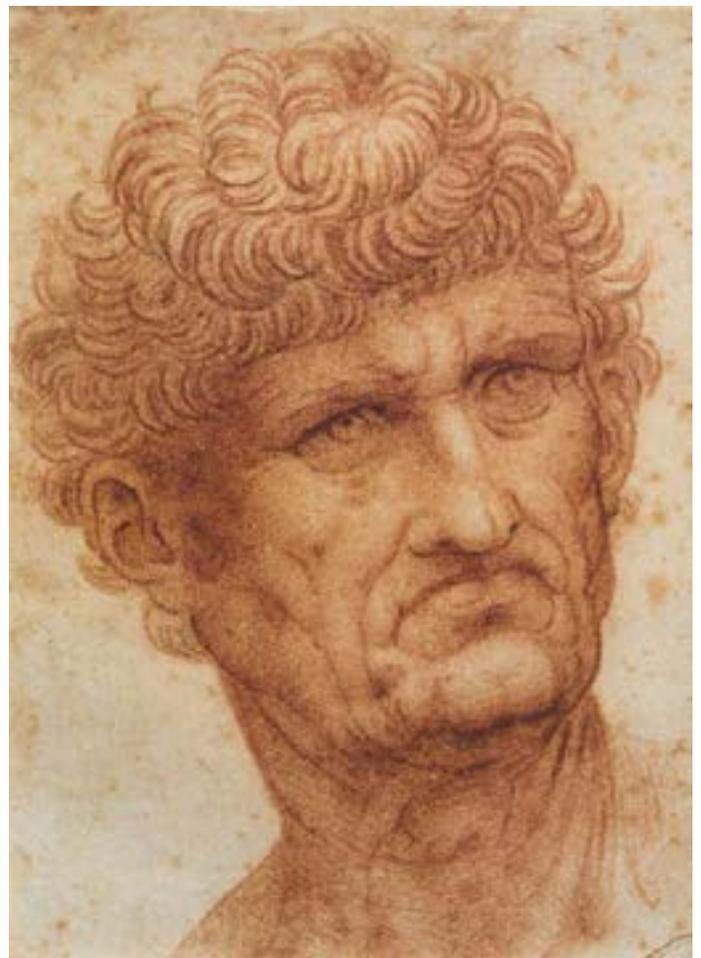
Es amplia la discusión en psicoanálisis sobre la problemática de la *pulsión de poder, apoderamiento o dominio*. Laplanche y Pontalis (1979) en su diccionario presentan de forma resumida las implicaciones de ésta en la economía libidinal, así como la acepción posible de interpretación, dependiendo del contexto en que Freud usa el vocablo alemán *Bemächtigungstrieb*. Resaltan la traducción como *dominio* en lugar de *apoderamiento* que es la que nos presenta Etcheverri.

Si hacemos caso al diccionario de Luiz Alberto Hanns (2001) el término alemán permite jugar con un conjunto de significados: tomar posesión, subyugar, controlar actos o voluntades, refrenar, dominio de saber hacer, gobernar, y dar-poder (apoderar). Con todos estos significados posibles nos encontramos si hacemos una revisión exhaustiva de las maneras en que Freud usa la signatura.

Esta pulsión conduce: a adueñarse de los objetos, apoderarse de ellos, a usar la musculatura para aprehenderlos, a afirmarse frente a la agresividad o la indiferencia del otro,

AUTOR

José Ulises Valdez Ruiz
Miembro asociado CPM-GDJ
Fecha de recepción: 29/02/2020
Contacto: valdezulises@hotmail.com



• Leonardo da Vinci, Cabeza de hombre, 1503

a adquirir un posicionamiento canibalístico y sádico, a mantener un comportamiento cruel e indiferente, y a proponer el acto violento y destructivo del otro. Freud sitúa ésta pulsión en sus diversas significaciones al interior del dualismo pulsional, y la

define como una pulsión no sexual que luego, secundariamente se asocia a las pulsiones sexuales. Se vislumbra también en el par activo-pasivo que Freud usa con tanta atención para la construcción de la psicopatología psicoanalítica.

Para nosotros lo fundamental es pensar como el sujeto se juega en sus motivaciones y en sus acciones, a través de la búsqueda del poder y su ejercicio. La matriz fundamental se sitúa en la vivencia del desamparo infantil donde la continuidad psíquica y la supervivencia del sujeto dependen en gran medida de la potencia del otro auxiliador, de su interés y de su goce en los cuidados y acciones que le prodiga al infante desvalido. Es en este momento donde la violencia primaria y la violencia secundaria (Aulagnier, 1975) establecen las condiciones del encuentro entre el infans y su madre. Aulagnier define así la importancia de este momento original:

Designamos como violencia primaria a la acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde para el otro a la categoría de lo necesario. (Aulagnier, 1975, p. 36)

La secundaria remite en este mismo proceso a un exceso perjudicial para el infante. A partir de este encuentro se genera la imbricación de la *necesidad, la demanda y el deseo*.

La estructura del nicho afectivo original mantiene esta alta potencialidad donde la vivencia de poder que deriva del Otro, incluido el padre, adquiere la tonalidad de

omni-potencia por el desamparo infantil. ¿De qué manera queda marcado el sujeto por esa vivencia? ¿Cómo imaginariza la omnipotencia del poder adulto, cuando ya se es adulto? Esto nos conduce directamente, entre otras cosas, a la constante temática presentada en la clínica del abuso sexual. Ésta se propone de diversas formas y en muchas ocasiones con un lenguaje o palabras parecidas. Es decir, se habla de abuso, eludiendo y ocultando la parte activa del sujeto infantil que participa de la escena o vivencia sexual de abuso.

Esta parte de la vivencia, es donde el sujeto busca un goce o un placer: por un lado, generalmente desconocido por el Yo, dejando toda la carga de participación al adulto o al *mayor* (el niño más grande); por otro lado, es la parte que carga en el aparato con lo afectivo, que insiste, en la búsqueda de una satisfacción, de una aclaración o entendimiento o comprensión, y de una posición subjetiva frente al dilema del poder.

Presento una viñeta clínica: L siente haber sido seducida por un tío, quien en varias ocasiones la tocó, la masturbó. En el recuerdo de la vivencia ella se observa pasiva. Define la vivencia como un abuso. Recuerda que su madre la previno de las posibilidades de que el suceso se hiciera realidad. ¿La madre sabía que eso iba a suceder? Muy probablemente. Al parecer tomaba precauciones para que no vieran desnudas a L y su hermana a la hora de salir del baño. Sin embargo, las cosas sucedieron. En una casa muy pequeña, de dos cuartos, en donde siempre estaba la abuela.

Ahora L, por vía del análisis, comienza a hablar su parte activa de la vivencia: Recuerda buscar quedarse sola con el tío.



Ahora ella es madre de dos niños bebés, y tiene miedo que vuelva a suceder lo mismo con sus hijos. Los tiene que dejar al cuidado de sus tías paternas, cuando ella va al trabajo. Tiene miedo de identificarse con su madre, es decir, dejar de ser precavida y al mismo tiempo acentuar la posibilidad del suceso, como si lo buscara.

Temor de repetir la vivencia, siendo ciega igual que la madre. Es consciente de cómo el desamparo infantil incita al abuso, para el goce del otro y del propio. Su dilema radica en la desconfianza de a quién debe confiar el cuidado de sus hijos. Sabe muy bien que cuidado y poder son una dupla que van de la mano. El cuidado, la organización de los espacios y los tiempos, la jerarquía y escalonamiento de procesos establecidos para conducir al otro, otorga a quien asume esa labor, un enorme poder.



• Leonardo da Vinci, Perfil grotesco, 1487

El dispositivo analítico y el poder

El método psicoanalítico a través de los elementos que lo conforman: asociación libre por parte del analizante, atención parejamente flotante del lado del analista, distinción de la transferencia y su consecuente negación a la satisfacción de la demanda transferencial, ubicación de la contratransferencia por parte del analista, y la interpretación del analista en el sentido de promover el análisis y la continuidad de la asociación libre, constituyen un marco, que se ha denominado *encuadre*, donde se establecen las características de la relación entre analizante y analista¹, y donde se busca aminorar los efectos de poder producto del sentimiento de vulnerabilidad, sufrimiento y desvalimiento con que el sujeto llega a *ponerse en manos de un analista*.

Es discutible la capacidad que tendría el método para reducir en su totalidad tales efectos de poder, y es por ello que se hace necesario un analista analizado. Y en el mismo sentido son discutibles también los demás elementos del encuadre como son: el costo de la sesión, la frecuencia de las sesiones, su duración, la neutralidad del analista en cuanto a la cercanía familiar, de amistad, o institucional de su analizante.

La ambigüedad con que se pueden abordar en la clínica estos temas genera un espacio de poder proclive al analista. Conocemos innumerables casos donde el analista operando de forma perversa se aprovecha de la ambigüedad, para instalarse en la sesión clínica como un verdadero amo dispuesto a satisfacer sus propias demandas con el otro. Para usarlo a su antojo, como instrumento de sus fines y de su goce.

Hemos observado también, cómo el psicoanalista suele en su afán narcisista, estar dispuesto a sostener una *Versagung*² pero sólo con algunos elementos de los que hemos mencionado y no con todos, muchas veces producto de verdaderos puntos ciegos en su formación como analista o transmitidos en el análisis propio.

Menciono esto para considerar seriamente las dificultades que el psicoanalista enfrenta continuamente cuando se sitúa en el lugar del analista. Su posición ética para negarse a satisfacer la demanda transferencial y demarcarse de aquello que le daría una ubicuidad más consistente a su paciente, exige intentar ser consciente de esos puntos ciegos y tratar de clarificarlos y analizarlos. Consideramos importante estar abiertos tanto al debate de las “teorías” (ficciones), la supervisión de casos e interlocución con pares, y la continuación del análisis propio. Dicho con otras palabras a mantenerse en una formación permanente.

La soledad del analista, el ejercicio de una *versagung* permanente, su compromiso frente al sufrimiento del analizante, hacen muy tentador hacer uso del dispositivo psi-

coanalítico para el ejercicio del poder sobre el otro, según Foucault demasiado parecido a los dispositivos confesionarios. Un ejercicio caracterizado por un borramiento de la independencia, autonomía y libertad en la toma de decisiones que le pertenecen al analizante, para *poder* él ocupar el lugar del que dispone

la ley para el otro. Tal y como sucede en la sociedad extendida cuando se permite la instauración de un *estado de excepción* (Agamben, 2003), en donde el Estado violenta la jurisdicción legal que lo contiene y se instala por encima de ésta para definir de acuerdo a su capricho los límites de la legalidad/ilegalidad.

Transferencia y poder

De un lado tenemos esa matriz subjetivante que hemos denominado el *desvalimiento del infans*.

Por otro, en esta sociedad reducida hemos perfilado al analista en la dicotomía de reconocer, empatizar, comprender al analizante para tomar dos vías posibles: o un respeto ético de la condición subjetiva del otro situándose en la relación analítica como alguien capaz de sostener un análisis hasta sus últimas consecuencias (resolución de la neurosis de transferencia); o como alguien que ejerce el poder para hacer del otro, un objeto de uso para sus fines.



• Leonardo da Vinci, *Cabeza de una joven*, 1483

Este tema nos conduce de forma inmediata a la pregunta: ¿Cómo es posible que el analizante esté dispuesto a esa *servidumbre voluntaria*? (de la Boétie, 2003). No podemos extendernos ampliamente sobre este asunto que es esencial para la conducción del análisis, sólo daremos unas consideraciones muy resumidas. En la transferencia observamos una alta susceptibilidad por parte del analizante frente a las intervenciones del analista. Dilucidar éste hecho, por un lado nos remite a consideraciones muy amplias sobre la teoría de la interpretación en el análisis.

Pero ahora la línea que queremos seguir tiene que ver con la inclinación a la sugestionabilidad que se encuentra en la transferencia. La atemporalidad del inconsciente y la potencia de la pulsión del sujeto aparecen orientadas hacia el analista, como si éste, pudiera cumplir en su plenitud las satisfacciones resignadas y reprimidas en el sujeto que va a análisis por el sentimiento de sufrimiento frente al desvalimiento. El analista es constituido con el perfil de un bien, ambicionado y ahora al alcance. El sujeto, en el proceso analítico y en el vínculo transferencial, se expone, en el amplio sentido de la palabra, con el fin de posesionarse de lo que ambiciona. Esta revelación, éste mostrarle al otro su fragilidad, su dolor, sus perversiones ocultas, sus esperanzas infantiles, etc., lo sitúa en una vulnerabilidad respecto del ejercicio del poder por parte del analista. Freud lo menciona en *Esquema del Psicoanálisis*, cito:

Es verdad que cabe aquí la advertencia de no abusar del nuevo influjo. Por tentador que pueda resultarle al analista convertirse en maestro, arquetipo e

ideal de otros, crear seres humanos a su imagen y semejanza, no tiene permitido olvidar que no es esta su tarea en la relación analítica, e incluso sería infiel a ella si se dejara arrastrar por su inclinación. (Freud, 1940, p. 176).

La posibilidad del abuso de la transferencia, muchas veces para el analista es imperceptible y la aprovecha para sus propios fines. En esta disposición del analizante hacia el analista, el primero cede como si el analista ocupara el lugar del padre idealizado, el lugar del sujeto saber, el lugar del “hipnotizador”, para que le dicte, le ordene los movimientos psíquicos necesarios para conquistar en la inmediatez la felicidad. Conocemos muchas prácticas “terapéuticas” que ofrecen rapidez, efectividad garantizada, baratez y demás



• Leonardo da Vinci, Cabezas de un hombre viejo y uno joven, fragmento, 1495

características demandadas en esta época de postmodernidad. Conocemos también la disposición del sufriente para adherirse incluso a conjuntos de prácticas “psi”, y de “teorías delirantes” que persiguen, a partir de argumentos inconsistentes, una mejoría de su paciente desde la primera sesión. E incluso verdaderos movimientos propagandísticos en contubernio con el Estado, para declarar que la causa del sufrimiento del sujeto radica en aspectos de los neurotransmisores y la biología del cerebro, cuya panacea son los medicamentos que proveen los poderosos corporativos farmacológicos.

En esta disposición a la servidumbre, en la transferencia, ya en el dispositivo analítico, observamos cómo se solicita la presencia de un padre que obre de tal forma, que a partir de la seducción no se quede solamente en la gran promesa histórica, sino que cumpla; tal cual el padre de la horda primitiva, quien tenía el poder para tomar a cualquiera y hacerle un hijo.

Este padre, padre muerto, se ubica más allá del analista, a él apela a la transferencia y la disposición a la sugestionabilidad, se le propone como capaz de satisfacer el deseo en el plano de las sensaciones, los afectos y el cuerpo, más no en el de la palabra. La palabra es el acto que rememora la muerte del padre, la palabra es duelo de lo perdido en forma irremediable. La palabra es un intento incesante de subjetivar lo que nos es extranjero e ignoto. La palabra del analista es lo que permite reconocer a ese distante, en tanto es ausencia.

No sólo designa aquello que no está, sino que también contribuye a la figuración de lo que pudo haber sido. El lugar del

analista remite a un vacío de deseo, donde lo fundamental ya fue advertido en su análisis, y ahora, con el analizante, renuncia al cumplimiento y a la satisfacción de su deseo y se rehúsa (Versagung) a participar como garante de la presencia del ausente.

El analista, para evitar deslizarse y operar en la seducción transferencial, debe producir una doble sustracción, la primera a través de la palabra, y la segunda que consiste en evitar ocupar con su cuerpo, su imagen y sus sentimientos el lugar del ausente, no otorgando demasiada consistencia a la posición del tercero (Le Gaufey, 1998).

El poder del analista se ejerce cuando no efectúa esa sustracción, cuando tomando provecho de la transferencia impone sus deseos a costa de la capacidad del sujeto para soportar el cobro de un prestigio y de una promesa simulada por el analista, como al alcance de la mano; y en el peor de los casos cuando se propone y se acepta la articulación pulsional de una pareja perversa donde uno de ellos se deja llevar, se deja conducir, al ámbito del goce donde sólo trabaja la pulsión de muerte; y el otro, se erige como sujeto saber (no dispuesto a la suposición) que cobra –en cuerpo y alma- por su prestigio, su imagen, su ficción teórica, su saber, etc.

Institución analítica y poder

Hemos estado hablando de la confrontación del poder y la ética al interior del espacio clínico donde se efectúa un psicoanálisis. Ahora abordaremos un tema de características más bien políticas, cuando el analista en cuestión decide auto designarse psicoanalista no solo para ser reconocido por los otros a quienes considera sus pares,



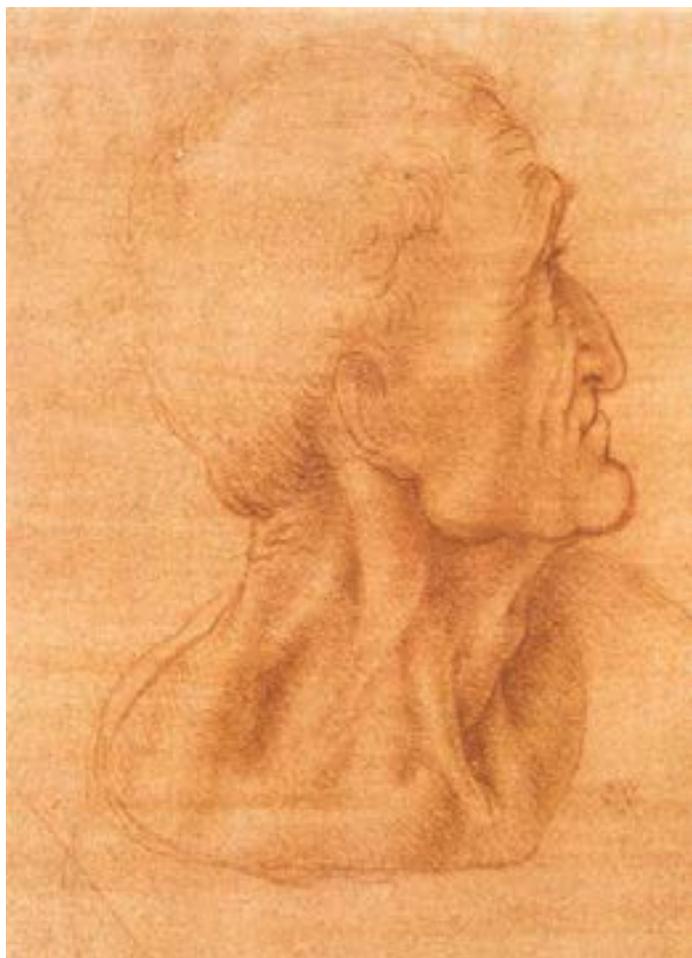
sino también para incrustarse a un campo profesional más específico dentro del espacio “psi”, de una escuela, de una corriente o filiación teórica, en resumen dentro de la institución psicoanalítica. Para entenderlo mejor, me baso en las reflexiones de José Ferrés, cuando el analista asume un lugar, ya fuera del dispositivo analítico, con la intención de adherirse a algún establecimiento o sociedad psicoanalítica, a los códigos, reglamentos y la especificidad de los dispositivos de operabilidad funcional entre pares, tales como designación de autoridades, organigramas, sistemas comunicacionales, vinculaciones intergrupales, modos de integración y consumo, formas de transmisión y enseñanza, etcétera.

También cuando asume un rol activo en las redes inter y trans-subjetivas presentes en las grupalidades psicoanalíticas; y cuando se apega a definiciones en el amplio campo social que afecta a la profesión como son las consideraciones y tomas de posición respecto a las representaciones histórico-sociales del movimiento psicoanalítico, del fenómeno “psi” en general, la “enfermedad mental”, las regulaciones del Estado y la relación entre el saber psicoanalítico con los “saberes” constituidos científicos, universitarios, populares, etc. (Perrés, 2000).

Estamos hablando de la institución psicoanalítica en un sentido amplio, y de las dificultades que afronta el psicoanalista en la relación de poder con sus pares y con aquellos que quieren aprender y dominar este saber. De manera resumida diremos que incluso sin darse cuenta, el psicoanalista al inscribirse en este campo social, en la institución psicoanalítica, entra de lleno a un campo de fuerzas donde la expresión del poder

se sostiene en una serie de simulaciones opacas ya de por sí, que le hacen pensar estar a resguardo, en la asepsia de su lugar y su profesión.

Le hacen pensar también que está dotado con los referentes conceptuales para interpretar los fenómenos institucionales y grupales, pero no es así. Nos referimos a la incapacidad, ya denunciada en su momento por Roustang, para escuchar a los otros en el plano de la colectividad, a diferencia de uno con el otro (Roustang, 2002). Esta dificultad se muestra en el nivel de interpretación –familiarista o psicopatológico– que se genera entre los psicoanalistas cuando hay conflictos y dificultades y problemas en las sociedades de psicoanalistas. Donde se confunden los planos y sin mucho empacho se califica con etiquetas psicopatológicas a aquel que no



• Leonardo da Vinci, Estudio para la última cena: Judas, 1495

se somete al poder institucional, o donde la explicación edípica (lucha entre hermanos, el padre es el fundador, etc.) pareciera dar cuenta y a la vez obtura los otros planos que intervienen en estas relaciones: el económico, político (en el sentido amplio de la palabra) y el social.

La lucha por el ejercicio del poder al interior de la institución, a través de su historia (poco más de 100 años) ha sido y será una constante. Los diversos conflictos surgidos y acotados por los estudiosos de la historia del psicoanálisis (Ernest Jones, Peter Gay, Didier Anzieu, Paul Roazen, etc.) y por los investigadores de las instituciones (Loreau, Castoriadis, Castel, Roustang, Baremlitt, etc.) pueden resumirse en los siguientes temas: La lucha por la legitimidad tanto de la teoría, del establecimiento, o de la impartición de la enseñanza; por el prestigio de representar a un colectivo, de inscribirse en las jerarquías o en el staff principal; por los estamentos que aseguren ingresos económicos constantes y permanentes y por las posiciones que favorezcan el poder gestor; por la influencia y reconocimiento de aquellos que se acercan a la institución en la búsqueda de espacios de aprendizaje y formación; la disputa por mantener un discipulado afín a las posiciones del maestro, fundador o líder; y la querrela por sostener la alianza más formal con el Estado.

Mucho de ello es ya bastante conocido por quienes se insertan en esta profesión imposible. Aquí me parece pertinente tomar en consideración dos tesis aportadas por dos filósofos conocedores del psicoanálisis y que nos pueden arrojar una mayor claridad sobre el recurso al ejercicio del poder para imponerse sobre los demás. La primera de

C. Castoriadis quien propone el paradigma religioso como matriz institucional para la función de operabilidad de cualquier institución, incluso la psicoanalítica. Es decir, el núcleo religioso de toda institución responde a la incapacidad de aceptar a lo que incorrectamente se ha llamado “trascendencia”, a la incapacidad de aceptar el caos, la alteridad absoluta, la muerte, la contingencia, lo aleatorio, etc. Esto es ocultado a través de un simulacro, una figura, que lo representa y lo instituye: lo sagrado (Castoriadis, 1986).

De la misma manera opera la institución de la sociedad, circunscribe lo imaginario radical y pone en su lugar una creación imaginaria particular. A través de esta significación imaginaria social se da respuesta al origen, la causa, el fundamento, la finalidad y la razón de ser, la misma significación en todas las cosas. Aunque cada institución parece ser diferente, para Castoriadis, todas comparten este núcleo religioso donde lo esencial es una ocultación permanente de la sociedad instituyente, que es la misma, pero que se suscribe como fuera del sujeto mismo, estableciendo así una sociedad instituida. Castoriadis dice *se oculta la autocreación*.

En otra vía de reflexión G. Agamben nos aporta en su texto *El Reino y la Gloria* el paradigma gestor que parte también del núcleo religioso de la organización de la institución.

A través de este paradigma y su sintagma de partida *Oikonomía*, que derivará en el término economía, se trata de situar el gobierno de los hombres, y explicarlo no a través de una *jerarquía de las causas*. Para





ello se necesita mostrar el dispositivo de la construcción del paradigma gestor y sus transformaciones a lo largo de los siglos. Este paradigma conforma su centro de poder en la *Gloria* (espacio de ilusión donde los satisfactores se encuentran al alcance de la mano). Un paradigma no es un sistema de normas, ni una ciencia, sino que refiere a, cito: “decisiones y disposiciones que enfrentan problemas siempre específicos” (Agamben, 2008, p. 42).

Agamben incluye a la oikonomía en un paradigma “de gestión”, que no es epistémico, no es conceptual, no consigna un conocimiento, sino que remite a un orden funcional, a una taxis, a una disposición. oikonomía en su origen, se define como *administración de la casa* y se distingue y se opone a la Política; la primera se refiere a la

casa y la familia, y la segunda a la ciudad. Oikonomía trata de la funcionalidad y gestión de la casa y la familia, haciendo función como patrón, padre o cónyuge. Cito: “La oikonomía se presenta aquí como una organización funcional, una actividad de gestión que no está vinculada a otras reglas excepto el funcionamiento ordenado de la casa (o de la empresa en cuestión)” (Agamben, 2008, p.43). En su texto, da seguimiento puntual a las influencias y asociaciones semánticas que la signatura recibe a lo largo de los siglos con que los pensadores católicos discuten la relación entre el Reino y la Gloria.

Apunta a como Irineo pretende y logra “remover el término oikonomía de su contexto gnóstico para convertirlo en el dispositivo estratégico central del naciente paradigma trinitario” (Agamben, 2008, p. 66) Este consiste en considerar a Cristo como compuesto por tres elementos: el espiritual, el psíquico y el económico. Esta trinidad refiere exclusivamente, según Irineo, al modo de exposición de la acción y la economía de Dios. Para Agamben el paradigma del gobierno y el del estado de excepción coinciden en la idea de una oikonomía, de una praxis gestional que gobierna el curso de las cosas, adaptándose cada vez, en su intento salvífico, a la naturaleza de la situación concreta con la que debe medirse.

A partir del siglo VI y VII, oikonomía adquiere el sentido de “excepción”, y evoluciona para significar la dispensa de la aplicación demasiado rígida de los cánones. El sentido que adquiere refiere a la suspensión o restricción ocasional del rigor de la ley, por atenuantes que “economizan” el mando. En el derecho se produce una contraposición entre “canon” y “economía”.

Entonces el gobierno de la sociedad y de las instituciones se funda en un poder gestor, administrativo, en un dispositivo que establece las jerarquías (el Reino) al interior de esta, en un funcionamiento de operabilidad que concentra el poder, en las decisiones, de acuerdo a un estado de excepción, determinado por el oikos del estamento de poder, que propone providencialmente la salvación para alcanzar la Gloria, alcanzar los peldaños que acercan a las metas de la ilusión. Estructurar por ejemplo, un ascenso en la institución psicoanalítica, a partir del cumplimiento de ciertos cánones, para acceder al estatuto de analista didacta y así mantener el consultorio lleno, con cuotas altas, con pacientes “fáciles y disciplinados”, horarios siempre constantes, etc.

En forma sintética podemos observar esta misma relación entre los denominados “medios” electrónicos, redes, de publicidad, de entretenimiento (TV), etc. y como su administración “de excepción”, su oikos conlleva a vislumbrar la Gloria e ilusionarse con ser parte del Reino.

La institución psicoanalítica opera de igual forma, el oikos de la gestión entre quienes mantienen el deseo de ser analistas y en su momento políticamente auto designarse psicoanalistas y entre quienes administran, gestionan, operativizan ese acceso a la Gloria que los conducirá a la integración del staff, a partir de un dispositivo cuyo uso del poder pasa por la vía de la “excepción”, en tanto la causa, su origen, radica en un exterior cuya justificación parece apartarse y ser recibida como una obligación impuesta necesariamente por otra institución superior (Estado, religión o sociedad).

A partir de estas reflexiones podemos establecer algunas paradojas respecto del poder en esta profesión: El método psicoanalítico busca el sentido de lo no-dicho, de lo enigmático, del malentendido; la institución se funda en ellos. El método psicoanalítico pretende destituir la creencia y la ilusión; lo institucional en ello se funda. El analista desarrolla la habilidad de escuchar a otro en la privacidad del dispositivo analítico; el psicoanalista es sordo al murmullo institucional. El psicoanálisis requiere de las instituciones para su desarrollo y su sobrevivencia; la institución psicoanalítica llega a ser un impedimento para el desarrollo del psicoanálisis.

El psicoanalista, la sociedad y el poder

Las preguntas que se nos aparecen al frente son: ¿Cómo disminuir los efectos del poder, la tentación del ejercicio del poder, no sólo en la posición de analista, sino también de psicoanalista? ¿Cómo combatir el efecto mortífero de un uso de poder sustentado en la ilusión, el oikos degradante, acrítico, repetitivo, de un discipulado que sólo busca ascender en la escala de las jerarquías y abstraerse totalmente de sus capacidades creativas? ¿De qué forma garantizar tanto la formación de analistas, como el establecimiento de sociedades de psicoanalistas cuyo eje se sostenga en una postura ética que reconozca al otro en toda su dimensión y en su colectividad? ¿Qué implicaciones tiene en la formación de analistas, tanto la distancia o la cercanía al núcleo religioso que Castoriadis consigna en su investigación?

Las paradojas enunciadas marcan un límite a tomar en cuenta, frente a la imposibilidad de la asepsia pretendida por el



psicoanalista. El efecto institucional principal, que se observa cuando éste límite se descuida, y cuando los espacios de ilusión pierden creatividad, es que los fines de la institución, sus objetivos iniciales, pasan a un segundo término, pierden preponderancia y lo que se sobrepone a ellos es el ejercicio de poder para fines económicos, de legitimación y prestigio social, muchas veces sustentados en el secreto.

Justo éste fenómeno que hemos denominado *efecto institucional* de características funestas y nocivas, persiste en lo institucional y atenta en los procesos instituyentes. Para lidiar con el o dar cuenta al menos de ese tipo de “murmullo institucional”, de ese mal entendido, se requiere de procesos de gestión creativos e incluyentes, con estamentos institucionales mínimos, con oportunidades de dirección u opinión de la mayoría, con procesos comunitarios donde el hacer *munus*, sea realmente *co-munus*, abierto e incluyente, donde los procesos institucionales sean constantemente discutidos, etc.

La problemática del poder en la institución no queda agotado, solo hemos apuntado unas cuantas notas. 📄

Referencias

Agamben, G. (2003). *Estado de excepción: Homo sacer II*, I. España: Pre-textos.

Agamben, G. (2008). *El Reino y la Gloria: Una genealogía teológica de la economía y del gobierno*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Aulagnier, P. (1975). *La Violencia de la Interpretación: Del pictograma al enunciado*. Argentina: Amorrortu.

de la Boetie, É. (2003). *Discurso de la Servidumbre Voluntaria*. México: Sexto Piso.

Castoriadis, C., (1986). *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.

Freud, S. (2001). Esquema del psicoanálisis. *Obras Completas; Sigmund Freud* (Vol. XXIII, pp 123-210). Buenos Aires: Amorrortu.

Hanns, L. A. (2001). *Diccionario de términos alemanes de Freud*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.

Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (1979). *Diccionario de Psicoanálisis*. España: Labor.

Le Gaufey, G. (1998). *Anatomía de la tercera persona*. México: Psicoanalítica de la letra.

Perrés, J. (2000). *La institucionalización del psicoanálisis (Vol. 2)*. México: Círculo Psicoanalítico Mexicano.

Roustang, F. (2002). *Un funesto destino*. México: Coyoacán.

Notas

¹ Usamos en este texto dos términos muy parecidos para designar la especificidad de la actividad relacionada con el psicoanálisis: *Analista* como aquel que se sitúa dentro del encuadre trabajando con el método psicoanalítico arriba definido, cuya acción consiste en analizar a un analizante en el dispositivo analítico. En cambio *Psicoanalista* como aquel analista que mantiene una vida pública, difunde su profesión y contrae alianzas con otros psicoanalistas.



² *Versagung* es un término alemán usado por Freud de difícil traducción al español. Generalmente es traducido como “frustración”, aunque esta traducción no corresponde con precisión al término alemán. Este tiene – según L. A. Hanns – tres vertientes de sentido: Intransitivo (“fallar”, “fracasar”, “no cumplir las exigencias”); Reflexivo (“privarse”, “abdicar a”, “renunciar a”) y Transitivo (“impedir”, “denegar”, “no conceder”). El término es parecido al de interdicción aunque no tiene ese alcance. Nosotros preferimos usarlo en el sentido que remite a una denegación de satisfacción de un deseo advertido en el propio analista y a un poder de rehusar a la demanda de amor en la transferencia. Véase más al respecto en: Hanns L. A. *Diccionario de términos alemanes de Freud*. Ed. Lumen; Laplanche y Pontalis. *Diccionario de Psicoanálisis*. Ed. Labor; Lacan J. *Seminario 8. La transferencia*. Sesión del 24 de Mayo de 1961. Ed. Paidós.



• Leonardo da Vinci, *Cabeza de una mujer*, 1473